

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



5
2004

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



Director y editor:
Sabino Perea Yébenes

© SIGNIFER LIBROS
Apdo. 52005 - MADRID
(ESPAÑA - SPAIN)
ISSN: 1578-1518
Dep.Legal: BA-360-01
mail: signiferlibros@jazzfree.com
<http://sapiens.ya.com/signiferlibros>
<http://sapiens.ya.com/AQVILA-LEGIONIS>



SIGNIFER
V Libros

AQVILA LEGIONIS

5

2004

ARTÍCULOS :

- **Luis AMELA VALVERDE** : El cistóforo de Q. Cecilio Metelo Pío Escipión, un ejemplo de las necesidades financieras durante la guerra civil de los años 49/48 a.C 7-28
- **Francisco-Javier GUZMÁN ARMARIO** : Intérpretes militares y movimientos de información táctica en el frente oriental según Amiano Marcelino 29-43
- **M^a Ángeles ROBLES** : Estudio léxico del *Breve tratado de términos militares* de Modesto 45-105

HISTORIOGRAFÍA :

- **José ORTIZ Y SANZ** : Disertación histórico-geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda, junto a la cual venció César a los hijos de Pompeyo. Obra póstuma de D. José Ortiz y Sanz (†1822) precedida de una advertencia por D. Salvador Enguñanos (Madrid 1862) 107-128

CRÍTICA DE LIBROS - REVIEWS :

L. Amela Valverde: *Cneo Pompeyo Magno. El defensor de la república romana*. (por D. Saura) (pp. 129-135) — H.-G. Pflaum, *El ejército romano y la administración imperial. Estudios de historia militar y prosopografía* (por C.M. Cerdá Mondéjar) (pp. 135-141).

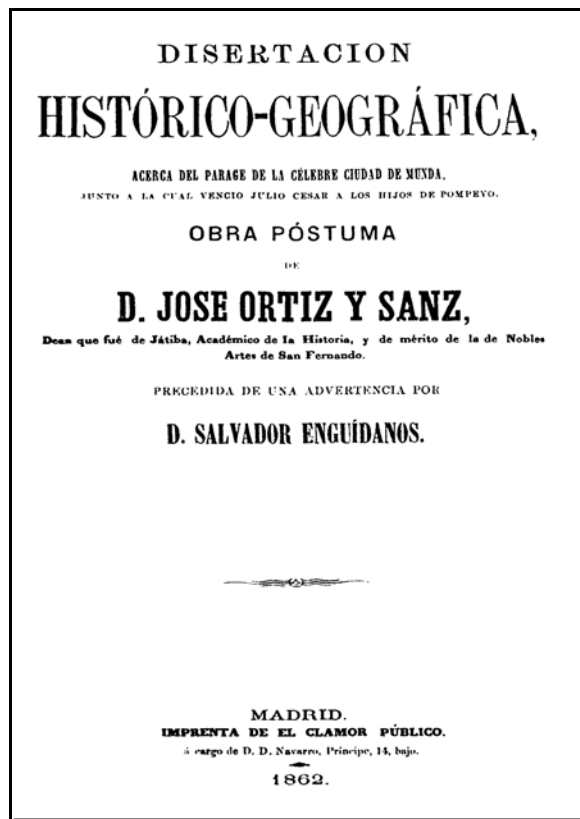
INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA 142-151

**Disertación histórico-geográfica acerca del
paraje de la célebre ciudad de Munda junto a
la cual venció César a los hijos de Pompeyo**

José Ortiz y Sanz

(1739 - 1822)

Obra póstuma de D. José Ortiz y Sanz
precedida de una advertencia por D. Salvador Enguïdanos
(Madrid 1862)



NOTA DEL EDITOR:

La ortografía de la obra de Ortiz, así como el prólogo de Enguídanos, se adapta a la de nuestro tiempo (por ejemplo ponemos paraje en lugar de parage). También se corrigen algunas erratas tipográficas flagrantes. Las variaciones significativas se indican en notas a pie de página entre corchetes [], aunque se respeta la toponimia (los nombres de ciudades antiguas) tal como las publicó Ortiz. Recuérdese que este opúsculo, aunque se publicó en 1862, fue escrito mucho antes, hacia 1798, y leído en Madrid por José Ortiz y Sanz como Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (aunque fue retocado posteriormente, en 1801, según puede leerse en la página 21 del original de Ortiz). Hace más de 200 años la arqueología y consecuentemente la toponimia antigua de España estaban en mantillas. Del mismo modo, se leían ediciones de los autores clásicos muy defectuosas.

No podemos leer la obra de Ortiz con las exigencias de una obra actual sino con ojos que han de mirar a una ciencia histórica balbuceante no exenta de temeridad y de inocencia.

No se trata aquí de criticar o enmendar las teorías de Ortiz y Sanz, sino de presentar este “discurso” tal como se publicó en la edición póstuma, con las leves modificaciones indicadas. Esta obrita puede leerse como simple curiosidad historiográfica y pionera sobre los estudios de historia militar romana en nuestro país, aunque también, ojalá, suscite interés para hacer un estudio comparativo con las investigaciones actuales acerca de la ubicación de la batalla de Munda. ¿Son éstas de Ortiz vetustas palabras para novísimas teorías?

La paginación de la obra original del Discurso de Ortiz se indica entre corchetes negros, por ejemplo [p.9].

Sobre la vida y la obra historiográfica de José Ortiz y Sanz, ver:

—Fernando GOBERNA ORTIZ, *El deán Ortiz (La seua vida i obra)*, Ajuntament Aielo de Malferit, 2001.

—Sabino PEREA YÉBENES, *La legión XII y el prodigio de la lluvia en época del emperador Marco Aurelio. Epigrafía de la legión XII Fulminata*. Madrid, 2002, pp. 17-35.

Advertencia preliminar

[Salvador Enguíanos]

[1862]

La Real Academia de la Historia, en su programa de 1857, ofreció un premio de 12 mil reales, medalla de oro y 300 ejemplares de la obra, al autor de la Memoria que demostrase el sitio que ocupó en la Bética la célebre ciudad de Munda, ante cuyos muros derrotó César a Gn. Pompeyo el mozo.

Optando al premio, presentaron una extensa Memoria los señores D. José y D. Manuel Oliver Hurtado en la cual, con más paciencia que fortuna, intentan probar que las ruinas de Ronda la vieja son las de Munda.

El libro (que bien merece este nombre) de los señores Oliver, forma un grueso tomo en 4^a mayor de más de quinientas páginas, de las cuales apenas consagran ciento a su verdadero objeto. Ya la Real Academia, al otorgarles el premio, lo conoció, y dispuso que de tan voluminosa Memoria se imprimiese sólo lo que hace referencia a los términos de su programa. Resistieron este acuerdo los autores, y por fin, su libro se imprimió, si no íntegro, con levísimas supresiones, probándonos con ello únicamente su mucha laboriosidad y vasta lectura. Se entretienen en corregir los textos de los autores antiguos que se hayan viciados, y en coordinar las variantes de los diferentes códices que de los mismos existen, cosa que ya habían hecho otros antes, y que ninguna luz arrojan sobre el sitio en que estuvo Munda.

También llaman a juicio, para impugnarlos, a cuantos se ocuparon del asunto y no piensan como ellos, mereciéndoles particular cariño una Disertación que sobre el mismo punto escribió en 1792 D. José Ortiz y Sanz, deán que fue de Játiva, de la cual posee un ejemplar la Real Academia de la Historia hallándose el original autógrafo en nuestro poder. Los señores Oliver, analizan y disecan, digámoslo así, casi cláusula por cláusula, dicha Disertación; pero sean tantos como quieran los errores cometidos por el deán Ortiz, la verdad es que manifiesta su opinión, y señala el sitio en que, según su concepto, debe buscarse a Munda, que es, ni más ni menos, lo mismo que hacen los señores Oliver, con la diferencia de que Ortiz se sujeta rigurosamente a los autores antiguos, en especial a Hircio, Estrabón y Plinio, y los señores Oliver se separan de ellos del modo más arbitrario.

Nuestro objeto, al publicar por primera vez esta Disertación, es no sólo ilustrar la materia, sino vindicar al deán Ortiz de los injustos ataques que los señores Oliver le dirigen, ataques que no serían merecidos, aun cuando dichos señores hubieran probado de un modo indubitable su propósito.

Creemos también, que aun después del libro de los señores Oliver, todavía podrá sufragar en algo la Disertación de Ortiz a los que en adelante se ocupen de investigar el paraje donde estuvo Munda hasta hoy por nadie descubierto. Los señores Oliver se reducen a decirnos que las ruinas de Ronda la vieja son las de Munda, opinión que no mereció nunca fijar la atención de los anticuarios instruidos, y que ya era vieja cuando Maricastaña era niña. ¿Y qué pruebas, qué medallas, qué inscripciones, qué documentos irrefragables producen en apoyo de su aserto? Ninguno absolutamente. Todas sus razones consisten en conjeturas, suposiciones, coincidencias y tradiciones inadmisibles en buena crítica. Cuanto más faltos de pruebas se encuentran más multiplican páginas sobre páginas, pretendiendo sin duda que el lector, abrumado bajo el peso

de tanta secatura, principie a creer, olvidándose de que ha dudado. Si su opinión descansase en buenos fundamentos, no hubieran necesitado escribir más de 500 páginas, cuando bastaban 50, y aun menos, para probar lo que pretendían. Arrastrados por su genio escudriñador, cotejan códices, registran archivos y bibliotecas, citan, como dijimos, a cuantos autores de propósito o por incidencia nombraron a Munda, y nada escapa a sus pesquisas excepto el sitio en que estuvo la desgraciada ciudad.

Pero vindicaremos primero a Ortiz con la posible brevedad, omitiendo, por su poca importancia, muchas de las cosas que le censuran, y luego procuraremos demostrar lo infundado de las pretensiones de los señores Oliver, de que las ruinas de Ronda la vieja sean las de Munda.

Tratando de Úcubi, pág. 41 de su Memoria, dicen: *Morales, siguiendo el texto de Plinio, dijo a este propósito que su nombre era entonces Attubi, que así ha de leerse en Hircio y no Úcubi. Esta corrección ha sido aceptada por todos nuestros escritores, el P. Flórez, Masdeu, Medina Conde, Ortiz....* Tal corrección no es cierto que fuese admitida por Ortiz, quien siempre la nombra Úcubi o excepto una sola vez en que dice: *Átubi, o sea Úcubi, tenidos por un pueblo mismo.*

Siguiendo en su manía de atacar a Ortiz al hablar de Hispalis, página 82, de su libro, se expresan así: *Otros escritores, queriendo conservar, el texto (de Hircio) tal cual hoy ha llegado hasta nosotros, suponen otra ciudad Hispalis distinta de la que todos los geógrafos e historiadores colocan a orillas del río Betis o Guadalquivir. El P. Ruano, que fue el primero que pensó de esta manera, supone que esta Hispalis de, que habla Hircio en el cap. XXVII, corresponde a la actual villa de Monturque, como veremos (añade) en el convento jurídico de Córdoba. Ortiz en su Disertación ms. sobre Munda, dice, que la Hispalis a que se dirigió Pompeio excluido de Aspavia, y se campó en unos olivares, no pudo ser Sevilla, y nos inclina a reconocer otra Hispalis diferente de aquella, que dista de Espejo ciento veinte millas. "Luego, añade, daremos otra razón que confirma esta conjetura". Pero esta razón nada prueba en pro de su sentir, porque consiste en atribuir equivocadamente el incendio de Cárruca por Gneoa a esta Hispalis, en cuyo olivar hizo alto el ejército pompeiano.*

Si antes de estampar este discurso hubieran hecho alto los hermanos Oliver en el pasaje de Hircio acaso comprenderían que todas las probabilidades están porque la población quemada fue Hispalis, como entendió Ortiz. Pompeyo no pudo quemar a Cárruca, puesto que tenía delante el ejército de César, y Pompeyo iba huyendo de éste. Pero oigamos a Hircio: *Eo die Pompeius castra movit, et contra Hispalim in oliveto consistit.* Luego refiere la marcha de César siguiendo a Pompeyo hasta rebasar a Cárruca y continúa: *Pompeius oppidum quod contra sua praesidia portas clausisset incendit.* Tenemos, pues, que el pueblo incendiado por Pompeyo o fue Hispalis u otro cuyo nombre omite Hircio pero de ningún modo pudo ser Cárruca. Por lo demás nos es indiferente que fuese éste o el otro el pueblo quemado no siendo esa la principal razón que tuvo Ortiz para persuadirse que la Hispalis de Hircio no era Sevilla; sino que se funda en que Sevilla era muy amiga de Pompeyo y enemiga de César, y la Hispalis de que tratamos se manifestó hostil a Pompeyo según se deduce de Hircio y Casio. Con tanto queda la razón de Ortiz subsistente, y probado que la Hispalis de Hircio no era Sevilla, en lo cual después de tanta algazara convienen los señores Oliver, diciendo en la página 81: *Cneo hizo alto en un olivar, circa, vel contra Hispalim;* y que César *se dirigió entonces al mismo punto.* Averiguar cuál sea éste, toda vez que no puede reducirse a la moderna Sevilla, según queda ya demostrado más arriba, es la grave dificultad con que han luchado los eruditos. Ahora, si los hermanos Oliver, adoptando la conjetura de D. Aureliano Fernández Guerra, quieren que sea *Ipagri, hoy Aguilar*, lo concederemos de buen grado, ya que se encuentra a siete leguas de Córdoba y media *jornada corta de Espejo*, y de consiguiente, es una de las que estaban alrededor de Munda.

Pero donde los señores Oliver descargan con más fuerza todo el peso de su crítica contra Ortiz, es en el cap. IX, pág. 142 y siguientes, parte primera de su interminable Memoria. Había

dicho Ortiz que *Munda debía estar a cinco o seis millas de Osuna* y esto, que podrá ser exagerado si se quiere, sirve de tema a todo este largo capítulo. En él machacan a Ortiz, con una tenacidad fastidiosa, todo para venir a parar, dando infinitos rodeos, al final de su nota de la pág. 150, donde nos cuentan que el Rey D. Alfonso XI puso *cerco a la villa de Teba, y envió luego por engaños que había mandado hacer en Córdoba et en Écija, que encontrándose a una distancia tan grande de la villa de Teba, basta recordar este suceso para no suponer imposible que Munda y Urso distasen entre sí por lo menos una jornada*. Ya comprenderá el curioso lector toda la robustez de este argumento. Es lo mismo que si dijéramos: los Reyes Católicos llevaron de Aragón y Valencia los *engaños* para sitiar a Granada; luego *basta recordar este suceso para no suponer imposible*, etc. Con semejantes razones, y con su acostumbrada profusión de palabras, presumen los señores Oliver defender su causa. Pero que Munda distase de Osuna seis millas o menos, o una jornada o más, lo cierto es que las ruinas de Ronda la Vieja no son las de aquella ciudad. Forcejeen cuanto quieran los señores Oliver, escriban otras quinientas páginas si les place; mas no pretendan que busquemos a Munda donde realmente no estuvo, como luego demostraremos.

Continúan, pág. 142, atacando a Ortiz con la misma sinrazón diciendo: *Principia Ortiz afirmando que conociendo César que en la toma de Munda había poca dificultad, dejó el sitio a Q. F. Máximo y marchó contra Córdoba*.

En su afán de querernos persuadir que Munda ocupaba las alturas de la serranía de Ronda, replican: *Lo que consta de los antiguos historiadores es, sin embargo, todo lo contrario. Quedan ya expuestas las graves dificultades que ofrecía la toma de Munda; y si César dejó encomendado el sitio a Fabio Máximo, fue porque atendiendo a lo inexpugnable de la plaza, comprendió que iba a emplear mucho tiempo en su conquista*. Ciertamente que si Munda era *inexpugnable*, en su toma no *podía haber poca dificultad*: con todo, se rindió pronto a pesar de contar para su defensa, además del paisanaje, con catorce mil soldados que quedaron prisioneros. En tales bagatelas pierden el tiempo los señores Oliver, huyendo de llegar al paso estrecho de decirnos el paraje donde estuvo Munda.

Por mal de sus pecados había dicho Ortiz “que dentro de Munda había madera como en Osuna”. *Esto es*, contestan los señores Oliver, pág. 146, presentar por prueba lo mismo que se intenta demostrar: justifique Ortiz que dentro de Munda había madera como en Osuna. Esto ni lo dice Hircio ni ningún otro historiador. Es una suposición gratuita por parte de Ortiz.

Cuando los hermanos Oliver se expresaban con tanta arrogancia, sabían muy bien que Ortiz no había de venir del otro mundo a justificar que había madera en Munda. Pero nosotros, celosos de su crédito, no consentiremos que nadie atente contra él mientras nos dure la vida. Ortiz, como todos los que escriben mucho, cometería algunos errores en sus obras, y seremos los primeros a confesarlos siempre que se nos demuestren; pero le defenderemos hasta donde alcancen nuestros escasos conocimientos y la debilidad de nuestras fuerzas contra los ataques injustos y apasionados. Contestaremos, pues, a los señores Oliver, lo cual nos costará poquísimo trabajo, como que hemos de valernos de sus mismas palabras; porque a estos señores se les cae con mucha facilidad la memoria, y por eso reprueban en otros lo mismo que ellos sostienen. Quince líneas antes de las que dejarnos copiadas se encuentran las siguientes: *Adviértase que lo que querían los de César eran torres para tomar a Osuna. Con este objeto buscaban madera y no habiéndola a seis millas, más conveniente les era trasportar de Munda los mismos aparejos que les habían servido para la toma de la ciudad, que no talar y labrar la madera que encontrasen fuera del radio de las seis millas de Osuna*. Tenernos, pues, por confesión de los mismos Oliver, que no sólo había madera en Munda, sino torres hechas y derechas, corrientes y molientes, sin otros *aparejos* cuya mayor parte serían también de madera. Mas, al traducir el cap. XLI de Hircio, pág. 454 de su Memoria, lo hacen así... *Además se añadía a esto el que no se encontraban en cerca de seis mil pasos (de Osuna) el césped y la madera de que se*

acostumbraban a formar las torres; y Pompeio, para hacer más segura la defensa de la ciudad había amontonado dentro de ella toda la madera cortada. Así que los de César se vieron obligados a llevar allí la madera desde Munda, cuya ciudad habían tomado últimamente. No sabemos si la crítica ciega de los señores Oliver tendrá por bastantes estos testimonios justificativos de la aseveración de Ortiz. A esto llaman los citados señores haber lidiado como buenos.

Confesamos con ingenuidad que Ortiz no prueba (ni le era posible desde su gabinete) que Munda estuviese en el punto que marca, aunque de allí no distaría mucho. Y ya que los señores Oliver no quieran conceder que estuviese tan cerca de Osuna como piensa Ortiz, tendrán por lo menos que confesar que tampoco podía estar tan distante como ellos pretenden.

Defendiendo Ortiz bastantemente con lo dicho hasta aquí, pasaremos a probar con razones, en nuestro juicio indestructibles, que las ruinas de Ronda la Vieja no pueden ser las de Munda, que es lo único importante en esta controversia.

Constituídos los señores Oliver poco menos que en jefes de estado mayor de los ejércitos beligerantes los van conduciendo de jornada en jornada hasta el punto que a su intento conviene, siguiendo a Hircio, autor que en el asunto no es posible perder de vista, aunque sin separarse de su texto los condujeron otros autores a puntos muy diferentes.

Sospechamos que los señores Oliver antes de emprender sus investigaciones sobre el terreno, tenían ya formada su opinión, y preocupados con ella no encontraron sitio que cuadrara al texto de Hircio más que el de Ronda la Vieja.

Ortiz había dicho que Munda debía estar en un cerro de mediana altura; más como esto no convenía al pensamiento de los señores Oliver, rechazan esta opinión y pretenden que ocupase una altura elevadísima, sin lo cual la suya era sostenible. Es, pues, indudable que Munda ocupaba una altura; que fuese una elevación tan considerable como la de Ronda la Vieja, desde la cual se descubre Sierra Morena, las sierras de Granada y Loja, y el mar de Cádiz ni se deduce de Hircio ni lo prueban los señores Oliver.

Basta pasar la vista por el mapa de Andalucía para conocer la imposibilidad de que Munda estuviese en las ruinas tantas veces citadas, siendo preciso para sostener opinión tan extraña, ponerse en pugna abierta con Estrabón y Plinio. El primero nombra como ciudades de la Bética a *Munda, Apétua, Urson, Tucis, Julia y Egua*, todas, dice *poco distantes de Córdoba. Munda es en cierto modo la metrópoli.* El segundo, al describir el Convento jurídico de Ástigi nombra a *Tucci (Augusta Gemela), Itucci (Virtus Julia), Átubi (Claritas Julia), Urso (Genua Urbanorum)*, y luego pone el *famoso inter quae fuit Munda*.

Ni Estrabón ni Plinio nombran como ciudades inmediatas a Munda, a Ronda, Setenil y otras muchas que hubo en aquella serranía, y tan inmediatas a las ruinas de Ronda la Vieja que ninguna distaba de ellas más de cuatro leguas. ¿Cómo, pues, fueron a colocar a Munda entre Apétua, Urson, Tucis, Julia, Egua, Itucci y Atubi de las cuales la más próxima que es Osuna, dista de las tales ruinas más de doce leguas? ¿Y cómo diría Estrabón que Munda estaba cerca de Córdoba cuando de ésta a Ronda la Vieja hay más de veinticinco leguas? ¿Es esto posible ni creíble?

Todavía para persuadirnos de que Munda no estuvo en aquel punto, nos suministran otra prueba más urgente los restos del teatro que allí existen. Cuando sucedió su catástrofe, Munda positivamente no tenía teatro. En Roma estaba prohibida la construcción de teatros que no fuesen temporarios, y no es regular que lo que allí no se permitía se tolerase en las ciudades españolas, que por otra parte, en aquel tiempo, no eran de las más ilustradas. No parece, pues, creíble que población alguna, no solo de España, sino del imperio, se atreviese a levantar teatro estable hasta mucho después que Pompeyo construyó el suyo en Roma el año 699 de su fundación, muy pocos antes de sus guerras con César, en las cuales tanta parte cupo a nuestra España. Diez años después ocurrió la rota mundense, y tomada la ciudad por las tropas de César, no quedarían sus

arruinados habitantes con ánimo de levantar teatros, sino de reponerse de sus inmensas pérdidas. Pudo con el tiempo aquietarse y repoblarse; pero no es cosa averiguada, y lo que por el contrario consta es que fue siempre viniendo a menos hasta desaparecer de la faz de la tierra, no habiendo tenido en tiempo del cristianismo, si es que existía, silla episcopal. ¿En qué época quieren los señores Oliver que se construyese su teatro? En nuestro juicio ninguna ciudad de España tuvo teatro de estructura por lo menos hasta un siglo después de construido en Roma el de Pompeyo, y nos alegraríamos que se nos probase lo contrario, por autor antiguo de crédito en la materia. Y es bien extraño que a los señores Oliver, que descienden en su libro a tantas minuciosidades se les escapase decirnos cuando opinan debió fundarse el teatro cuyas ruinas describen con bastante escasez de conocimientos. Llamen repetidas veces *prescinciones* a las *precinciones*, y eso que manifiestan haber leído a Vitruvio, añadiendo con la mayor sencillez, *que practicaron algunas excavaciones en busca del púlpito por el centro del proscenio hasta el de la orchêstra*. ¿Qué diablos entenderán por púlpito en el teatro antiguo los señores Oliver? Lo más admirable es la facilidad con que estos señores encontraron los centros del *proscenio* y de la *orchêstra* estando todo lleno de escombros, y necesitándose para ello operaciones geométricas, imposibles de practicar mientras ambas partes del teatro no se limpien y descubran.

Todas las antigüedades hasta hoy encontradas en las ruinas de Ronda la Vieja y sus inmediaciones, conspiran a persuadirnos de que allí estuvo la ciudad de Acinipo. Los señores Oliver las aplican a otros pueblos; pero si como hacen expresa mención de Acinipo la hiciesen de Munda, no les hubieran faltado razones para aplicarlas a Ronda la Vieja, extendiendo graciosamente su territorio y jurisdicción hasta donde les hubiera convenido.

Es preciso desengañarse. El paraje donde estuvo Munda, como el que ocuparon otros muchos pueblos antiguos de que sólo nos quedan los nombres, no se descubrirá mientras las personas acaudaladas, o el gobierno no emprendan excavaciones dirigidas por sujetos idóneos.

Desgraciadamente las primeras carecen, en lo general, de afición a esta clase de estudios, y el gobierno, si bien principia a protegerlos, lo hace con mucha timidez y como forzado. Veinte millones de reales le concedieron las Cortes con destino a museos, academias y bibliotecas. En la sesión del Congreso de 12 de Marzo de este año, el señor marqués de San Carlos, con un celo que le honra, recordó al gobierno la necesidad de establecer en la corte un museo arqueológico, y el señor ministro de Fomento ofreció verificarlo en cuanto reuniese los fondos necesarios. Hasta ahora lo único que se ha hecho es asignar en el presupuesto cincuenta mil reales para continuar las excavaciones en la antigua Numancia. Pequeña como es esta cantidad, ya nos contentaríamos con que se señalase otra igual, para principiar con fruto las indagaciones sobre Munda. No creernos que sea mucho exigir, hoy que todos los gobiernos gastan sumas considerables en esta clase de trabajos tan necesarios a los adelantos de la historia y de la geografía y protegen como a competencia los estudios arqueológicos. Italia, Francia, Alemania Prusia e Inglaterra los estimulan cuanto pueden, y el gobierno prusiano prepara una obra litológica digna de su ilustración. Bajo sus auspicios recorre en estos momentos la Grecia el sabio arquitecto M. Strack, y muy pronto el mundo científico tendrá la satisfacción de admiraren toda su primitiva integridad el teatro de Baco en Atenas; pues acaso a la hora que escribimos esté ya limpio de escombros, habiendo conseguido M. Strack en sólo mes y medio de trabajo descubrir diez y siete gradas de asiento, y tres escalerillas de ascenso. Además en el suelo de la orquesta se han encontrado veinte y una sillas de mármol cada una de las cuales tiene esculpido el título de la persona que se sentaba en ella, y hay esperanzas de descubrir más.

En Francia no hay departamento, ni aun ciudad de alguna importancia que no tenga su museo arqueológico donde se van reuniendo inapreciables restos de la Antigüedad. El mismo emperador, en medio de las inmensas atenciones que le rodean, no se desdeña de dirigir por sí mismo las excavaciones que manda practicar, enviando además comisiones de sabios a países remotos, con el fin de recoger los datos necesarios para ilustrar la historia o vida de Julio César

que está escribiendo. Qué más: hasta el virrey de Egipto ha destinado a museo arqueológico uno de sus más espaciosos palacios, en el cual hay ya colocadas infinitas preciosidades de la antigüedad egipcia, descubiertas en las excavaciones, que en grande escala practica de su orden el doctísimo M. Mariette.

España entre tanto, no cuenta, que sepamos, con más museo arqueológico que merezca este nombre, que el modesto de Tarragona, debido en su mayor parte a los esfuerzos y celo infatigable de su director D. Buenaventura Hernández, sujeto muy amante de las verdaderas glorias de su patria.

En cuanto a Munda, tendremos que pasar por la vergüenza, por no decir ignominia, de que una comisión francesa enviada por el Emperador, venga a averiguar el sitio en que estuvo, así como a verificar los demás en que se dieron acciones en nuestra península durante la guerra civil por los ejércitos de César y los Pompeyos.

Volviendo a los señores Oliver, su obra no puede ser considerada sino como un libro más sobre Munda, que nos ha dejado, en cuanto a su situación, en la misma ignorancia que estábamos. En el cap. IX y último de la segunda parte, página 316, confiesan paladinamente la poca confianza con que escriben, y la ninguna que tienen de que su opinión sea generalmente admitida.

No puede serlo como dejamos demostrado; pero no por eso debe defraudárseles del mérito que han contraído reconociendo y ordenando cuanto sobre Munda, y otras antiguas poblaciones hasta hoy se ha escrito, y sacrificando sus intereses, y cuatro años, acaso los mejores de su juventud, en estudios, trabajos y viajes.

Estas consideraciones debieron influir en el ánimo de la Real Academia de la Historia al concederles el premio; porque si bien es cierto que su libro contiene infinitas cosas ajenas al programa, su espíritu de discusión y tanta paciencia en obra tan penosa, de tal manera previenen el ánimo en favor de la extensión de sus conocimientos, que no puede menos de estimárseles aun rechazando sus razones.

La loable moderación que reina en todo su escrito, cosa tan difícil de observar cuando se trata de impugnar a los ajenos, es una prueba evidente de que sus esfuerzos se han dirigido en busca de la verdad, y por ello deben merecer la gratitud de los sabios, como merecen la nuestra en grado supremo, aunque por desgracia estamos muy distantes de serlo.

Disertación histórico-geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda

[José Ortiz y Sanz]

[p.1:] Las notas, datos o caracteres que de la memorable ciudad de Munda nos han dejado algunos escritores antiguos, son bastante individuales y señalados para que los modernos hubieran hallado el paraje preciso donde estuvo; y la causa de no haberlo todavía conseguido, es sin duda por haberla buscado donde no podían hallarla ni debían buscarla. Debía buscarse *Munda*, siguiendo escrupulosamente los pasos de las autoridades y señas antiguas; pero por desgracia lo han ejecutado siguiendo el eco engañoso del nombre Monda, conservado en una corta población así llamada, sita a cinco leguas de Málaga, creyéndole corrupción de *Munda*. Si mis facultades me hubieran permitido recorrer el distrito a donde me guían los escritores antiguos (cuyos pasajes examinaremos luego), estoy persuadido hallaría verificadas las notas topográficas de los mismos escritores. Mientras tanto llega el día de poder ejecutarlo, creo no serán inútiles las siguientes advertencias y reflexiones. En mi dictamen, *Munda* estuvo entre Écija y Osuna, [p.2:] a legua y media de ésta, hacia las lagunas de Ayala, Calderona y algunas marjales que hay en el distrito. Para fundamento de este mi dictamen, traigamos aquí y examinemos los pasajes indicados arriba. Estrabón en el Lib. III, número 141, escribe lo siguiente¹ Ἔστι δε εν αἴς οι Πομπηίου παῖδες κατεπολεμήθησαν, Μουνδα καὶ Απετουα, καὶ Οὔρσων καὶ Τοῦκις καὶ Ιουλία καὶ Αἴγουα· ἅπασα δ' αὐται Κορδυβης οὐκ ἄπωθεν. τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τοπου Μουνδα· διέχει δὲ Καρτηίας η Μουνδα σταδιους χιλιους καὶ τετρακοσίους.

Esto es : *Hállanse también allí* (no lejos del Betis) *las ciudades en que los hijos de Pompeyo fueron vencidos Munda, Apetua, Urson, Tucis,*

¹ El texto griego aparece aquí tal como lo dio o editó Ortiz y Sanz en su obra. Compárense las diferencias sustanciales de los toponímicos, así como la acentuación correcta, en la siguiente edición que hace de este fragmento U.P. Boissevain, *Cassii Dionis Cocceiani Historiae Romanae historiarum Romanarum quae supersunt*, Berlin: Weidmann: ἔτι δὲ εν αἴς οι Πομπηίου παῖδες κατεπολεμήθησαν, Μοῦνδα καὶ Ἀτέγουα καὶ Οὔρσων καὶ Τοῦκκις καὶ Οὐλία καὶ Αἴγουα· ἅπασαι δ' αὐται Κορδύβης οὐκ ἄπωθεν. τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τόπου τούτου Μοῦνδα· διέχει δὲ Καρτηίας ἡ Μοῦνδα σταδιους χιλιους καὶ τετρακοσίους. (Str. III 2, 2 - III, 3, 2,8) [Nota del editor].

Julia y Egua : todas ellas distan poco de Córdoba: en cierto modo es Munda la metrópoli del distrito. Munda dista de Carteya mil cuatrocientos estadios.

Yo no hallo en este pasaje de Estrabón ninguna palabra que pueda convenir a Monda. Nuestros geógrafos concuerdan en que la Urson (Οὔρσων) de Estrabón es la Ορσῶν de Apiano, la Urso de Plinio y de las medallas, la Ursao de Hircio (o quien quiera que sea el autor del libro *De bello Hispaniensi*) en el cual por error de pluma, se llama también Bersavo y Versao, y la *Resp. Ursonensium* de las inscripciones. También que todas estas denominaciones corresponden a la ciudad de Osuna, sita a cinco leguas de Écija (*Astigi*) de cuyo convento jurídico fueron la misma Osuna, Munda, Apetua, etc. con las que pone Plinio, como luego diremos. De esta Apetua ningún otro autor nos da noticias. Podiéramos sospechar es la Ategua o Attegua de Hircio, Dión Casio y de algunos códices de Plinio, y no la desfavorece la lección Αττεουα del Epítome estraboniano; pero convienen [p.3:] los modernos en que Ategua es la misma Egua Αιγουα de Estrabón, deduciéndolo de algunos códices del mismo Plinio, en quienes en vez de Ategua se lee Hegua con aspiración. No menos están acordes en que Ategua, o sea Egua, corresponde a un despoblado llamado Teua o Teva la Vieja, a cuatro leguas de Córdoba, camino de esta a Castroelrío. Finalmente se da por cierto que la Tucis (Τουκίς) de Estrabón, Tuccis (Τουκκίς) de su Epítome, Tuci (Τουκι) de Apiano y la Tucci de Plinio, cognominada *Augusta Gemella*, son una ciudad misma. Este dictado de *Augusta* se la debió dar mucho tiempo después de las guerras de Julio César en la Bética, como derivado del que Munacio Planco dio al emperador Octaviano veinte y ocho años antes de la Era vulgar cristiana, y diez y seis después de muerto César. De Julia (Ιουλια) podemos dudar si es la Ulla o Ulia de Hircio, Casio y el Itinerario de Antonino Pío, y las medallas que constantemente lee Ulia. El Itinerario la sitúa a diez y ocho millas de Córdoba viniendo de Cádiz. Según Hircio (*De bello Alexandrino*, cap. LXI) estaba Ulia en la cima de un cerro; por lo cual quieren los modernos corresponda a Monte-Mayor por estar así situado. Por lo demás, Ulia era casi la única plaza fuerte que en aquel distrito estaba por César aun antes que viniese.

Estando pues, los pueblos que nombra Estrabón en este lugar, poco distantes de Córdoba, y siendo Munda en cierto modo la metrópoli de

ellos, en ninguna manera pueden las expresiones de este geógrafo convenir a la moderna Monda, la cual dista de Córdoba unas cien millas, y por consiguiente está muy apartada de sus compañeras.

[p.4:] Hubiera Estrabón hablado muy impropriamente diciendo que Munda distaba poco de Córdoba, si hubiera estado donde ahora Monda. Debiera decir estaba poco distante de Málaga, Singila, Carteya u otra ciudad circunvecina. De las comarcas a Munda, la más apartada de Córdoba es Ursao (Osuna), y no lo está más de cincuenta millas. Estrabón añade que de Munda a Carteya había mil cuatrocientos estadios, que componen ciento setenta y siete millas. Hircio pone ciento setenta de Córdoba a Carteya. Supuesta la proximidad de Munda a Córdoba, y entre sí de ésta a las otras ciudades arriba nombradas alrededor de Munda, las cuentas de Estrabón e Hircio van acordes. Cuando Hircio pone la distancia de Córdoba a Carteya, es precisamente en el cap. XXXII, refiriendo la fuga de Gneo Pompeyo perdida la batalla. Éste no huyó de Córdoba sino de Munda: lo cual persuade, que el camino que tenía que hacer desde Munda era casi el mismo que desde Córdoba, por esta razón puso a Córdoba desde la cual a Carteya había camino militar, y las millas señaladas en columnas. Estas distancias de Hircio y Estrabón se deben tomar y entender por estas vías romanas o caminos militares. En ellos no se atendía tanto al compendio y brevedad como a la comodidad de los tránsitos por pueblos crecidos, alojamientos, agua para las tropas, suavidad de las marchas, etc. Tengo bien observada la célebre *Via Apia* (y otras aún existentes en ruinas) y notado que las grandes lagunas Pontinas no embarazaron a su autor para seguir recto su camino por medio de ellas; pero en los montes de Albano, Lavinia y otros muchos que le venían al paso, [p.5:] ladeaba su Vía, y buscaba el llano a costa de grande rodeo. Por línea recta como se toman en los mapas alturas y longitudes, aquellos intervalos serían menores, y el de Córdoba a Carteya no pasaría de ciento cuarenta millas poco más o menos. De la villa de Monda hasta donde estuvo Carteya en el golfo de Gibraltar habrá sesenta millas 6 cuatrocientos estadios : lo cual es poco más de la tercera parte de los mil cuatrocientos estadios que pone Estrabón.

Sacamos, pues, de este geógrafo, que Munda estaba poco distante de Córdoba como lo estaban sus circunvecinas Apetua, Tucis, Urso, Ulia y Egua, por consentimiento general de los modernos, y era como la

principal y metrópoli de todas ellas. Por último, que Munda distaba de Carteya ciento setenta y siete millas, de cuyos datos o notas corográficas, ninguna parece acomodable a la moderna Monda, ni veo razón alguna que nos induzca a sospechar error en el número de los mil cuatrocientos estadios. Lo mismo persuade la razón. La villa de Monda no dista del mar sino doce o trece millas ; pues ¿cómo emprendió Gneo tan largo viaje por tierra, pudiéndolo hacer por mar en pocas horas, mayormente hallándose sumamente fatigado de la batalla y posar de su pérdida? Fatigado, sí, pues no pudo llegar a caballo a Carteya, y parte del camino lo hubo de hacer en litera como atestigua Hircio

Plinio el mayor (I. ib. III, cap. I), describiendo al convento jurídico de Astigi, hoy Écija, dice así: “*Huius conventus sunt reliquae coloniae immunes Tucci, quae cognominatur Augusta Gemalla; Itucci, quae Virtus Iulia; Atubi, quae Claritas Iulia; Urso, quae Genua Urbanorum; inter [p.6:] quae fuit Munda cum Pompeii filio capta*. Vemos aquí que Plinio conspira con Estrabón, y sin haberle leído, según yo creo. Conspira, digo, con Estrabón, en orden a situar a Munda cerca de Tucci y Osuna. No sólo cerca, sino entre ellas : *inter quae fuit Munda* El sabio Flórez (*Esp. Sagr.* tomo X.), suponiendo con Morales Mariana, Nonio o Nuñez, Celario y otros, que Munda estaba donde está Monda, quiere que las palabras de Plinio, *inter quae* apelen sobre *coloniae immunes* que pone al principio M período, y no sobre las ciudades últimamente nombradas. Pero con esto, ¿qué adelanta? *Reliquae coloniae immunes* son las ciudades Tucci, Itucci, Atubi, Ursao y Munda. Como quiera que dicha expresión *inter quae* recaiga sobre estas ciudades o sobre *coloniae immunes*, no parece debiera Plinio decir, *inter quae*, sino *inter quas*, a no sobreentenderse *oppida municipia* o aun *loca*.

También adoptó Flórez el dictamen de Harduin, el cual, interpretando en este lugar de Plinio, las palabras *fuit Munda*, afirma que en su tiempo ya no existía. Si la frase *inter quae* se refiriera a *coloniae immunes*, como Flórez pretende, no sería tan necesario recurrir a la destrucción de Munda: bastaría decir (ya que todo esto son acertijos), que en tiempo de Plinio había Munda decaído en dignidad y honores, y ya no era colonia inmune. Pero si Munda hubiera merecido tal degradación por amiga de Pompeyo, como creyeron algunos, debieran haber padecido la misma degradación todas las ciudades de la Bética fuera de Ulia, ¿y si tal hubiera sucedido a Munda, cómo la llamaría

Estrabón metrópoli de sus circunvecinas cincuenta años después [p.7:] de la batalla mundense? Puede ser que en los cincuenta o sesenta que corrieron de Estrabón a Plinio se arruinase Munda; pero esto sería contra la opinión de Flórez, pues su Munda (Monda), existía en tiempo del Emperador Marco Aurelio, que es decir, unos noventa años después de Plinio, (y aun hoy día existe) como prueba la inscripción que vio, y pone Morales (Lib. IX, cap. 38). Diráse que pudo ser reedificada después de Plinio. ¿Quién ha de negar este pudo ser? Pero sería bueno persuadir que lo fue. Es menester hacerlo siquiera verosímil. Es menester dar alguna razón de haber sido restaurada Munda y no sus compañeras. Si no se dan algunos fundamentos para creer que Munda perseveró metrópoli de ellas hasta Estrabón, fue aniquilada hasta Plinio, y por último, reedificada después, lo tendré todo por un sueño.

Si me preguntan que interpretación doy a la frase *fuit Munda* de Plinio, diré que es más fácil refutar una opinión falsa, que establecer la verdadera. Pero no me parece sería interpretación absurda referir el verbo *fuit* al participio *capta* queriendo Plinio significar que fue sitiada y tomada por César vencido el hijo de Pompeyo, como lo fue efectivamente. Como quiera que fuese las palabras de Plinio *fuit Munda cum Pompeii filio capta*, no son enteramente verdaderas; pues aunque Munda fue tomada por Fabio Máximo como diremos, no fue cogido en ella Pompeyo; sino que huyó a Carteya con ciento cincuenta caballos de escolta. Replicarán algunos y dirán que la inscripción arriba citada que copió Morales, está en la pared de la Iglesia de Monda: es así que perteneció a Munda, pues en ella se nombra [p.8:] con dictado de ciudad in *urbe Munda*, luego allí estuvo Munda ¿Diremos a esto que la Monda actual ya existía en el siglo segundo de Cristo? No me parece inverosímil, en especial si la piedra de la inscripción es grande, y muy difícil de ser trasladada de un lugar a otro considerablemente distante. Aun si se quiere, concederé que la Monda de la batalla se fijó arruinando con el tiempo, como sucedió a otros muchos pueblos, y Monda quedó sola con el nombre de Munda y quizá con sus habitantes. Si esta ruina (le Monda fijó antes de Plinio, bien pudo decir *fuit Munda*, en concepto de que entonces no existía. Fuese su ruina por entonces, o fuese después, lo cierto es que la Monda memorable por la victoria de César se arruinó con el transcurso de los años, igualmente que sus compañeras, no quedando del convento Astigitano más que Urso, Osuna y la misma *Astigi*, Écija

¿Y quién podría señalar el tiempo de su destrucción y abandono? Lucano, Apiano, Floro, Orosio, Casio, Victor, Eutropio y otros, aunque nombran a Munda con ocasión de la batalla, no nos dan noción alguna que fije su paraje. Apiano la confunde con Córdoba, refiriendo de ésta lo que sucedió en aquélla, y se conoce que no entendió bien a Hircio, de quien parece haber tomado lo poco que dice.

Hircio nos da nociones tan individuales de Munda, a pesar de lo depravado de su libro *De bello Hispaniensi* que, sin embargo de ser su autoridad mayor que la de Plinio y Estrabón, he reservado para lo último su examen a fin de hacer evidentes por él los pasajes de Estrabón y Plinio, y señalar como con el dedo el preciso paraje de

Munda. [p.9:] Hircio militó con César en las guerras civiles, y se halló en la batalla de Manda; por cuya circunstancia, como testigo de vista, merece más crédito que ningún otro. Ojalá hubiera sido historiador más hábil, y ojalá también que tal cual es, lo poseyéramos entero y menos viciado!

Entremos, pues, en su examen, y recorrámosle, aunque breve, cuidadosamente. Cuando César viniendo de Roma, llegó a Obulco (hoy Porcuna) a nueve leguas Sud-Este de Córdoba y tres de Andújar tenía Pompeyo sitiada a Ulia por amiga de César. Socorrióla éste con once cohortes una noche muy oscura y tempestuosa por medio de Julio Pacieco (tenido por español y ascendiente de la casa de los Pachecos), hombre muy práctico en el país, y sagaz en la milicia. Tan considerable socorro (que fue de cinco mil quinientos infantes y otros tantos caballos), aun no bastó para que Pompeyo levantase el sitio de Ulia. Así resolvió César marchar con todas sus fuerzas contra Córdoba donde estaba Sexto Pompeyo con buena guarnición, cuidando de abastecer los ejércitos de todo lo necesario por tener allí los almacenes de víveres, municiones y demás aperos militares. Apretóla César en tanto grado, que temiendo Sexto un asalto, escribió a Gneo su hermano corriese prontamente a socorrerá Córdoba si no quería perderla. Con tanto Gneo, aunque estaba a punto de tomar a Ulia, hubo de levantar el campo y marchar a Córdoba.

Tuvieron ambos ejércitos sobre Córdoba diferentes encuentros; pero viendo César no podía sacar campo abierto a Pompeyo, le dejó en Córdoba, y puso sitio a Ategua. Era esta una plaza fortísima, *fortissimum praesidium*, por [p.10:] hablar con Hircio, y tan bien defendida por los pompeyanos que no dejó su toma de costar a César bastante número de

soldados y días. *Ategua*, según Ambrosio de Morales, (hombre muy instruido en antigüedades, en especial en las de Córdoba, su patria), corresponde, como ya dijimos, a un despoblado lleno de ruinas a una legua de la villa de Espejo, llamado *Teua* o *Teva la vieja*, en cuyo nombre quedan claros vestigios de *Ategua*, y *Atubi* o *Ucubi* tenidos por un pueblo mismo, según Morales estaba donde ahora la villa de Espejo. Yo le llamaré *Ucubi* o *Ucubis*, que es como Hircio lo llama¹. Por entre *Ategua* y *Úcubi* corría el río Salado de Hircio, *flumen Salsum*, hoy Guadajoz según entiendo. Debía tener este nombre porque sus aguas son algo saladas a causa de pasar por terrenos gípsos y salobreños. Aunque en Andalucía suelen llamar Salado a cualquier arroyo, Guadajoz debiera tener este nombre con más justicia que los dulces. Corría más cerca de *Ategua* que de *Ucubis* no distando de la primera más de dos millas. En esta suposición, si *Úcubis* estaba donde hoy Espejo, podría estar *Ategua* poco distante del lugar de Castro (en cuyo territorio se hallaba *Teva la vieja*), y lo mismo creo del monte que Hircio llama *Castra Posthumiana*. Guadajoz desagua en el Guadalquivir unas dos leguas más abajo de Córdoba, haciendo un viaje de doce o catorce leguas. Fórmase de dos arroyuelos, el primero de los cuales empieza cerca de Valdepeñas del reino de Jaen, y se llama río *Víboras*. El otro brazo llamado río *Locubin* nace junto a una [p.11:] villa que llaman *Castillo de Locubin*, no muy distante de Alcalá la Real. En dicho río y villa parece conservarse el eco de *Úcubis*.

Rendida *Ategua* por César día diez y nueve de Febrero, marchó contra *Ucubis*, no lejos del cual estaba Pompeyo campado en lo alto de los montes. Llegado César a *Úcubis* la puso fuego a vista del ejército pompeyano, cuyos reales estaban junto a *Soricaria*. Parece que *Soricaria* es en Hircio la misma ciudad que *Soricia* nombrada más adelante en el cap. XXVII. Morales es de sentir estaba *Soricaria* una legua distante de Espejo, en un despoblado que llaman *Xorquera*, en cuyo nombre mantiene el eco de *Soricaria*. Hácelo más verosímil la costumbre de los árabes en mudar en X las iniciales comenzadas por S. Ellos de Suero hicieron *Xucar* de *Setabis* *Xátiba* de *Singilis Xenil* y otros. En *Soricaria* tuvieron algunas peleas particulares ambos ejércitos, hallándose bien

¹ Martí, en su carta XV, lib. VI I, dice tenía una medalla con la inscripción *Succubo* que quizás sea *Ucubo* y otra *Venipo* pero es *Ventipo*.

fortificados en sus reales; pero más Pompeyo, que nunca quiso desamparar las alturas. Uno (le estos choques acaecido día cinco de Marzo fue bastante sangriento, y aunque César hizo cuanto pudo para empeñar a Pompeyo en una acción general, no lo pudo conseguir. Evitóla Pompeyo retirándose al castillo de Aspavia, lo que también le estorbó César. Aspavia es pueblo desconocido: Hircio solo dice de él que estaba a cinco millas de Ucubi. Conjeturo que pudo ser el mismo castillo que ocupaba alguna guarnición de César encima de un monte, llamado arriba *Castra Posthumiana* y según Hircio en el Cap. VIII distaba cuatro millas de los reales de Pompeyo cuando los tenía entre Úcubis y Ategua.

[p.12:] Como quiera, lo que no se puede poner en duda es, que estas traslaciones de los reales pompeyanos eran de monte en monte y cerro en cerro, huyendo de las llanuras por temor de la caballería cesariana que llevaba muchas ventajas a la suya. Por esta razón, y recelando ser alcanzado, no podía emprender marchas más largas que de seis u ocho horas, o cuando más de un día. De más que tampoco podía alejarse de Córdoba donde tenía todos los almacenes. Siendo esto cosa muy natural, según la índole de esta guerra, la Hispalis a que se dirigió Pompeyo excluido de Aspavia, y se acampó en unos olivares no pudo ser Sevilla, y nos inclina a reconocer otra Hispalis diferente de aquella que dista de Espejo ciento veinte millas. Luego daremos otra razón que confirma esta conjetura. Hircio, caps. XXIV y XXVII.

Quemado Úcubi por César, marchó siguiendo a Pompeyo, por si le podía alcanzar en paraje llano. Llegó a la ciudad de *Ventisponte* y la puso sitio; pero se le rindió sin esperar combate. Este nombre la dá Hircio, Cap. XXVII; pero sus medallas la llaman *Ventipo*, nombre que creo debe prevalecer por lo seguro de las medallas y poca firmeza de Hircio en algunas voces. Esta ciudad debía estar donde ahora *Puente de D. Gonzalo*, como a seis leguas de Espejo, según parece conservar algún sonido de *Ventisponte*. El Mro. Flórez Tom. X. de la *Esp. Sagr.*), publicó una inscripción que le comunicó D. Luis José Velazquez, hallada cerca de *Cazariche* a media legua de *Puente de D. Gonzalo*. Es memoria sepulcral puesta a la de *Q. Equicio Ventiponensis*, y de *Q. Equicia Ventiponiensa*. Esta lápida nos [p.13:] induce a creer, que Ventipo o Ventisponte estaba en aquel territorio de Cazariche, no lejos del Genil. Plinio ni aun la nombra, sin embargo de haber sido municipio que batió moneda.

Tomada Ventipo, caminó César a *Cárruca*, y sentó su campo en vista del de Pompeyo. De *Cárruca* (que en latín y griego significa *carroza o litera*) no tenemos más noticia que nombrarla Hircio, con este nombre quizá corrupto. *Insequenti tempore* (dice Hircio, cap. XXVII) *Ventisponte oppidum cum oppugnare coepisset (Caesar) deditione facta, iter fecit in Carrucam*. Andarnos adivinando si es la *Cárbula* de Plinio, la *Cárcula* de Antonino Pío o el moderno *Carcabuey*, me parece sería perder el tiempo¹.

Viendo Pompeyo tan cercano a César, cuando le creía ocupado en el sitio de *Ventisponte*, resolvió alejarse prontamente de los olivares de *Hispalis* y retirarse a Munda. Pero antes de partir puso fuego a *Hispalis*, porque cuando llegó a ella le cerró las puertas, y hubo de quedarse en los olivares. Inferiremos de aquí, que si *Hispalis* cerró las puertas a Pompeyo antes de ser vencido por César, es constante era enemiga de aquel y amiga de este. Luego esta *Hispalis* no puede ser Sevilla; pues esta era partidaria de Pompeyo y enemiga de César, como consta de Hircio cap. XXXV y XXXVI, Casio, lib. XLIII, n. 39 y otros. Quizás esta *Hispalis* corresponde a Estepa, unas dos leguas de Osuna, y como tres del paraje donde yo creo estuvo Munda.

[p.14:] Movió, pues, Pompeyo para esta desde las inmediaciones de *Hispalis*, y se fortificó lo más que pudo ; la cual, como situada en un cerro, convenía a sus designios de no tener con César acción decisiva, sino en paraje ventajoso. Siguióle César desde *Cárruca* como hasta entonces, y sentó su real junto al llano de Munda a vista de Pompeyo, mediando entre los dos ejércitos dicho llano o campo mundense que tenía corno cinco millas de ancho. Por la falda del cerro de *Munda* corría un arroyo muy cenagoso cuyas aguas caminaban hacia la mano derecha: *Planities* (dice Hircio, Cap. XXIX), *inter utraque castra intercedebat circiter millia passum quinque, ut auxilia Pompeii duabus defenderetur rebus, oppidi excelsi, et loci natura. Hinc* (esto es, de aquí, de nuestro campo, habla Hircio como quien estaba en los reales de César), *dirigens proxima planities aequabatur, cuius decursum antecedebat rivus, qui ad accessum summam efficiebat loci iniquitatem: nam palustri et voraginoso solo currebat ad dextram partem*, etc. Yo no dudo de que

¹ Los hermanos Oliver lo reducen a los Corrales, pueblecito situado a unas diez leguas de la Puente de D. Gonzalo, y cinco de Osuna a cuyo partido judicial pertenece.

este arroyo anónimo en Hircio, es el que se forma de dos ramos que nacen más abajo de Osuna, cerca de las aldeas Sauzejo y Pedrera, se juntan en uno hacia la aldea Aguadulce, a dos leguas de Osuna, pasa a igual distancia de ella por las lagunas de Ayala, Calderona y otras que hay allí desde Osuna a Écija, y entra en el Genil a una legua de esta ciudad. Es, pues, evidente, que el arroyo corría *ad dextram partem* de los cesarianos, suponiendo al campo mundense donde ahora está la venta de Pozo Ancho, o en su contorno entre Genil y el mismo arroyo. Si este era el llano de Munda, como yo creo, y veremos adelante [p.15:] Munda debía estar a la otra orilla o izquierda del arroyo distante de él como una milla según Hircio, y unas cinco o seis de Osuna; pues el paraje por donde corre allí el arroyo es voraginoso.

El Mro. Flórez (Tom. XII de su *España Sagrada*) empeñado en sostener su *Monda* por la *Munda* en cuestión, pretende que el arroyo de Hircio es el llamado *río grande* que pasa a ocho millas de Monda. Dice que esta distancia cuadra maravillosamente con lo que escribe Hircio cap. XLI, a saber: que cerca de Munda y su campo no había agua a menos distancia de ocho millas. Una preocupación hace ver las cosas que no hay ni hubo como lo sean favorables Flórez aplica a Munda lo que Hircio dice de Osuna; pues esta es la que no tenía agua dentro de las ocho millas. Oigamos a Hircio en dicho cap. XLI. *Deinde Ursaonem proficiscuntur* (los cesarianos tomada Munda) *quod oppidum magna munitione continebatur sic, ut ipse locus non solum opere, sed etiam natura editus, ad oppugnandum hostem averteret. Iluc accedebat, quod aqua, praeterquam in ipso oppido non erat; nam circumcirca rivus nusquam reperiebatur proprius millia passum IIX: quae res magno erat adiumento oppidanis.* Esto es la verdad. El arroyo que corría por la falda o pie del cerro de *Munda*, es el mismo de que hablamos, y pasa hoy unas ocho millas de Osuna. Pero *Munda* tenía la agua de este arroyo a cosa de una milla, como queda dicho y repetido arriba. Luego si Flórez hubiera leído a Hircio con más paciencia en esto, hubiera concluido que su *Monda* no podía ser la *Munda* que buscamos, pues el río Grande dista ocho millas de aquella.

[p.16:] Volvamos a los ejércitos. Al amanecer del veinte y tres de Marzo día de la batalla, vio César que Pompeyo tenía su ejército en orden para darla o recibirla desde la tercera vigilia, esto es, desde antes de las tres de la noche según el reloj antiguo. Suponía, pues, que

Pompeyo bajaría al campo mundense donde pelearían de poder a poder, y con la ventaja de tener Pompeyo a Munda a las espaldas donde retirarse si fuese necesario, cosa que César no tenía. Pero engañóse. Pompeyo solo bajó como una milla de cuesta hacia el arroyo sin llegar a él, mientras César atravesó todo el campo mundense con intento de recibir al enemigo luego que pasase el arroyo. Pero como los pompeyanos hicieron alto en la cuesta, lo mandó también César hacer a su vanguardia, viendo era una temeridad acometer al enemigo situado tan ventajosamente, no solo por haber de pasar el arroyo tan lleno de atolladeros, sino también por tener que pelear cuesta arriba, y como debajo de los enemigos, que eran casi doblados en número. ¿Cómo podía César prometerse ganar un palmo de terreno? Pero sus soldados hechos a vencer aun con mayores dificultades, y muy impacientes de tantas demoras, no le obedecieron esta vez. Atravesaron el arroyo, y trabaron la batalla cuesta arriba en la ladera del cerro de Munda.

Pudo costarles cara la valentía, y conflictaron con el último peligro, tanto que César hizo ademanes de matarse por no caer prisionero, conociéndose perdido. Llegaron sus tropas a volver las espaldas, y retroceder al campo: pero César a fuerza de brazos, entre una lluvia de dardos volvía a los fugitivos de cara a los pompeyanos que ya ganaban [p.17:] terreno. A tal extremo llegó su riesgo; pero finalmente, aunque por un acaso, ganó la victoria matando treinta mil pompeyanos, sin perder él más que unos mil hombres. Muchos pompeyanos huyeron por varias veredas a Córdoba y otros lugares; pero los más se recogieron a Munda donde tenían buen presidio y defensas. Entróse también en ella Pompeyo; pero teniendo por cierto que César la cercaría y la tomaría sin remedio, huyó por el lado opuesto con ciento cincuenta caballos y se dirigió a Carteya, en cuyo puerto tenía su escuadra. En efecto puso César sitio a Munda, y por no haber a la mano madera para el vallado, levantóle con los cuerpos muertos, escudos lanzas, sirviendo esto de fagina. *Ex fuga hac* (dice Hircio, capítulo XXXII) *cum oppidum Mundam sibi constituissent praesidium, nostri cogebantur necessario circumvallare. Ex hostium armis, pro cespite cadavera collocabantur, scuta et pila pro vallo. Insuper occisi, et gladii et mucrones et capita hominum ordinata, ad oppidum conversa, hostium timorem virtutisque insignia proposita viderent*, etc. Conociendo César que había poca dificultad en la toma de Munda, dejó el sitio a Q. Fabio

Máximo, y marchó contra Córdoba primero, y luego contra Sevilla y demás plazas que se mantenían por Pompeyo. Tenida noticia de la derrota de su hermano, dijo Sexto Pompeyo al Senado cordobés trataría luego paz con César ; y hacia la media noche se fue de Córdoba. Rindióse Munda dentro de pocos días, y Fabio marchó contra Osuna, que se mantenía rebelde fiada en su natural fortaleza y guarnición. Era su cerco muy difícil, a causa de no [p.18:] haber agua en ocho millas a su contorno, ni en seis tampoco madera; pues Pompeyo había arrasado la campiña y metido en la ciudad toda la madera ; pero dentro de ella había agua, buena guarnición, muchas defensas por naturaleza y abundancia de comestibles. No habiendo, pues, madera para el vallado en el sitio de Osuna fue preciso que Fabio la mandase traer de Munda que acababa de tomar. Que la corta de madera por Pompeyo alcanzó también a Munda, consta de que los cesarianos no la tuvieron para cercarla como vimos; pero dentro de Munda la había como en Osuna, según ahora vemos. Donde César había tenido sus reales antes de la batalla que era a la parte contraria del campo mundense había maderas como diremos adelante.

De esta narración de Hircio Cap. XLI, deduzco yo un argumento convincente de que Munda estaba donde dijimos arriba y confirmaremos luego. Es que si por no haber madera en seis millas al rededor de Osuna la fueron a traer de Munda, Munda distaba de Osuna las mismas seis millas o quizá menos. ¿Es acaso creíble que si Munda hubiese distado de Osuna cincuenta millas o más como dista la moderna Monda, hubieran ido allá por madera habiéndole fuera de las seis millas, a donde no había llegado la corta? Este raciocinio me parece tan poderoso y convincente después de las razones basta aquí alegadas, que no veo qué salida se le pueda dar ni respuesta que satisfaga aun en apariencia; y no ceso de maravillarme de que Morales, Caro, Roa, Velázquez, Flórez y demás que trataron este punto no lo hayan advertido.

[p.19:] Recapitulando ahora el pasaje de Estrabón, que pone a Munda no lejos de Córdoba como metrópoli de sus circunvecinas Apetua, Osuna, Tucis, Ulia y Ategua o Egua, las cuales lo estaban por consentimiento de todos los geógrafos; y que distaba de Carteya mil cuatrocientos estadios o ciento setenta y siete millas, no habiendo de Monda a Carteya más de unas cuarenta. El de Plinio que la sitúa entre Tucci, Áttubi o Úcubi Osuna e Itucci, *inter quae* o *inter quas* y *finalmente* el de Hircio que la coloca a legua y media o seis millas de

Osuna en virtud del raciocinio arriba hecho.

Debemos concluir, que la Munda en cuestión estuvo situada en una colina o cerro de mediana altura, a una milla o poco más del arroyo tantas veces citado, el cual corría por la falda del mismo cerro, y Munda estaba a la izquierda de su corriente entre Osuna y Écija, y cercana a las lagunas de Ayala, Calderona y otras que hay en el distrito. Suponiendo que el campo mundense estaba entre las aldeas Marinaleda y Matarradonda y la venta de Pozo Ancho, corría el arroyo *ad dextram partem* de los cesarianos, como dice Hircio y no hay error o corrupción en estas palabras, como pretende el buen Juan Davies en tina de sus desgraciadas notas a los *Comentarios de César*. Buscar a Munda en Monda es buscarla donde no se puede hallar, como tan apartada de Osuna. Un observador experto que reconociese la comarca, prevenido con los datos y guías expuestos, no podría menos de hallar el paraje de Munda y quizá sus ruinas. La violencia de los tiempos habrá podido consumir los edificios exteriores; pero no se puede creer haya también arrancado los fundamentos, y acabado con [p.20:] todos los vestigios, en especial si el cerro no se ha reducido a cultivo.

Y a propósito creyeron algunos que los cesarianos pudieron destruirá Munda hasta los cimientos en odio de Pompeyo de quien Munda fue partidaria. Pero esto en mi dictamen ni es creíble ni verosímil. Primero, porque antes la debían conservar y ampliar, como un perenne monumento de su victoria. Acababa de darles el ejemplo César mismo pues al cortar. el bosque y maleza donde ponía sus reales junto al campo mundense, hallaron los soldados una palmera pequeña, y prohibió la cortasen, como un pronóstico de la victoria que esperaba. *Apud Mundam*, dice Suetonio (in *Octav. cap. XCIV.*) *D. Julius castris locum capiens, cum silvam caederet, arborem palmae repertam conservari, ut omen victoriae, iussit*. Segundo, porque lo mismo debían haber ejecutado con Osuna, Córdoba, Sevilla y casi todas las ciudades de la Bética tan adictas a Pompeyo como Munda, y de ninguna se dice fuese destruida por César ni por sus tropas después de vencido Pompeyo; y tercero, porque cincuenta años después de la batalla, cuando escribía Estrabón, existía Munda entera, y quizás aumentada.

En resulta de cuanto se ha dicho hasta aquí, no dudo de afirmar que Munda o su área se hallará cuando se busque en un cerro por cuyo pié corra hacia la siniestra un arroyo pantanoso; tenga al lado opuesto un

campo o vega llana ancha unas cinco millas; no diste mucho de Córdoba, esté cercana a Osuna y a Écija, y precisamente a seis millas de aquella. Si me fuera dado recorrer el distrito, me [p.21:] dirigiría principalmente a dos o tres millas del lugar de Marinaleda o Matarredonda, siguiendo la corriente del arroyo *Aguadulce*, que es en mi dictamen el que pasaba entre el cerro y campo de Munda.

Así escribía yo hace poco menos de diez años esperando nuevas luces del empeño con que se deseaba saber entonces el paraje donde estuvo Munda; pero no lograron esta satisfacción mis esperanzas. El año de 1796 se publicó una carta póstuma del sabio D. Francisco Pérez Bayer, en la cual este literato hace varias reflexiones que persuaden que la moderna Monda no puede ser la célebre Munda que buscamos, y que debe buscarse donde nos llevan Estrabón y Plinio. Pero sus razones no nos aproximan tanto como pudieran por Hircio, según vimos arriba, y practiqué yo en el tomo I de mi compendio de Historia de España describiendo las guerras de César con los Pompeyos en Andalucía. Dejó, pues, aquel sabio un poco vago el lugar de Munda, sin embargo de haber viajado en aquella provincia; pero es el primero y solo que me ha confirmado en mi dictamen.

Últimamente, en este mismo año de 1801 dio a luz el maestro Risco, de buena memoria, un opúsculo en que procura persuadir hubo en la Celtiberia una ciudad llamada Munda, y la coloca en el cerro de *Cabeza del Griego*, donde se pretende estuvo Segóbriga, de cuyo sitio se dudaba. Otros dirán si la seguridad con que cree este sabio continuador de la *España Sagrada*, que la Munda Celtibérica estaba en *Cabeza del Griego* es fundada, o si necesita de más examen. Yo solo diré, que sobre el particular de que [p.22:] fuera de la Bética hubo otra Munda, no fue el maestro Risco el primero que lo dijo. Ya D. Juan Lozano, canónigo de Cartagena, lo conoció y esforzó bastante en su *Bastitania y Contestania*, impresa en 1796. Sólo difieren ambos, en que el maestro Risco coloca su Munda en *Cabeza del Griego*, y el señor Lozano quiere estuviese en el moderno reino de Murcia, a las márgenes de un pequeño río llamado *Mundo*, que es brazo del Tader o Segura. Pero ninguno de ellos duda de que la Munda Bética estaba donde hoy Monda, que es lo que dejo impugnado.